

LA GUERRA CIVIL EXPLICADA A LOS JÓVENES OCHENTA AÑOS DESPUÉS

El 18 de julio de 2016 es el ochenta aniversario del inicio de la guerra civil, 1936-2016. Con tal motivo proliferan las descripciones, las elucidaciones y los argumentos, que suelen adolecer de superficialidad y pereza, de parcialidad y partidismo. Aún está en elaboración una explicación lo bastante objetiva, que supere la maliciosa división en izquierda y derecha haciendo comprensible un acontecimiento que mató a unas 550.000 personas y que ha determinado nuestras vidas hasta hoy mismo. Ello a pesar de las decenas de miles de libros y otros textos destinados al asunto, casi todos lastrados por el subjetivismo y la arbitrariedad.

Hay tres preguntas básicas sobre la guerra civil de 1936-1939: 1) ¿cuáles fueron sus causas?, 2) ¿por qué triunfó del franquismo?, 3) ¿qué significó la victoria del fascismo español, o franquismo?

Para los jóvenes es un asunto ya lejano. En él participaron sus abuelos, y en algún caso sus bisabuelos, y las versiones que les llegan no les suelen resultar convincentes, por su partidismo. El objetivo es ir construyendo una explicación que sitúe en primer lugar, sin más, la categoría de verdad.

LAS CAUSAS

Los factores causales que llevaron a la guerra civil son los mismos que hicieron de nuestro siglo XIX un conflicto permanente. Negar esto es no comprender lo más decisivo. Desde la imposición autoritaria de la ultra-reaccionaria Constitución de 1812, los pueblos de la península Ibérica se batieron contra la modernidad estatista y capitalista, en defensa de su estilo de vida y trabajo, concepción de la persona, sistema de valores y régimen convivencial. La guerra civil, junto con su derivación, la guerrilla antifranquista, activa hasta los años 50 del siglo XX, fue el último episodio de la resistencia a la modernización despótica de la vida social.

El centro de la oposición a los descomunales cambios nocivos, a peor, introducidos primero por la Ilustración y luego por el liberalismo y el progresismo constitucionalista, fueron las gentes modestas de la ruralidad, secundadas por el artesanado urbano. Como la clase obrera surgía continuamente de unas y otro, quedaba impregnada de su cosmovisión y valores, de manera que se hizo militantemente opuesta a la expansión del Estado y al ascenso de la burguesía.

Hagamos una relación de las principales manifestaciones de ello. Repudio masivo a la Constitución gaditana, “La Pepa”, y a sus continuadoras. Resistencia al robustecimiento del ente estatal, en

particular al incremento de los tributos y las quintas. Defensa del comunal y el concejo abierto, con todo lo que ello lleva aparejado. Afirmación de la descentralización en contra del caciquismo madrileño. Fomento de la cultura, lengua, historia y modos de vida propios y singulares de los pueblos españolizados a la fuerza por el despotismo progresista y liberal español. Repulsa del régimen de partidos, la partidocracia, tenida por causa de numerosos males. Afirmación del trabajo libre con asco irreductible hacia el régimen salarial capitalista, concebido como una forma de trabajo semi-esclavo. Auge del movimiento obrero, a pesar de las manipulaciones de los partidos y sindicatos de izquierda. Luchas jornaleras contra el latifundismo creado por la revolución liberal al privatizar los comunales en la desamortización civil. Simpatía hacia los pueblos sometidos al colonialismo español en América, Asia y África. Afirmación masiva de la libertad y dignidad de la mujer contra el patriarcado introducido por el código civil de 1889. Intransigencia con la represión policial, en particular con el actuar de la guardia civil, verdugo de las clases modestas. Desenvolvimiento de la cultura popular en oposición a la escuela primaria estatal. Afirmación de la naturaleza convivencial, de mutua asistencia y afecto en actos, de la sociedad popular. Permanencia de la persona como ser de virtud, de valores y de ética, con dignidad y autorrespeto, libertad y responsabilidad.

De todas estas cuestiones las más sentidas y mas movilizadoras, que estuvieron en el núcleo de las causas de la explosión social de 1936, son la salvaguardia del estilo de vida convivencial popular, la reivindicación del comunal y las formas asamblearias anejas, la oposición a la expansión del aparato estatal, el repudio del salariado, la lucha contra las continuas brutalidades represivas de los cuerpos policiales republicanos, la intransigencia para con la patronal y la defensa de la identidad cultural, axiológica y de cosmovisión de las clases populares.

La situación se fue haciendo más y más tensa debido al desarrollo capitalista y al auge del ente estatal, particularmente intensos bajo la Dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930). El rápido proceso de industrialización y la promoción del capitalismo en la agricultura, dirigido y en buena medida financiado por el Estado, se consideraron por las clases populares del campo y a menudo también de la ciudad como una agresión inaceptable e insufrible a sus modos de existencia. De manera que en los últimos años de dicha Dictadura militar se inicia el ascenso de los movimientos de rebeldía e insurgencia que llevarán a la guerra.

Para frenar tales movimientos, y para continuar la modernización capitalista y estatista del país, el ejército decide sustituir la muy desacredita monarquía borbónica por el régimen republicano, como ya había hecho en 1873, cuando desde el aparato militar se instaura la I República por motivos similares. Las fuerzas que traen la II república

son, por orden de importancia, el ejército español, la guardia civil, los altos cuerpos de funcionarios, la gran patronal, los terratenientes, la intelectualidad burguesa y la Iglesia.

Implantada el 14 de abril de 1931 es pronto respondida por un repunte tremendo de las luchas populares. El verano de 1931 ya fue de matanzas de trabajadores a cargo del aparato policial republicano. La situación incluso empeoró bajo el gobierno de izquierda y socialista, hasta llegar a 1933, que fue terrible por sangriento, comenzando por los sucesos de Casas Viejas en enero. En 1934 se levantan heroicamente los trabajadores y campesinos asturianos, en lo que es quizá el más importante intento insurreccional proletario estricto del oeste de Europa. Dicho levantamiento es sólo temporalmente vencido. Tras unos meses de calma relativa, la situación vuelve a ser de enorme combatividad ya en los primeros días de 1936.

La II república, burguesa, militarista, jacobina (centralista y españolista), patriarcal, ultra-represiva y asombrosamente demagógica fue entrando más y más en crisis a medida que en los hechos se ponía en evidencia su auténtica naturaleza. La Ley de Reforma Agraria de 1932 fue una colosal burla perpetrada al campesinado por los partidos republicanos y de izquierda, que se concretó en la defensa de la gran burguesía latifundista y en el aplastamiento económico, fiscal, arancelario y político de los medianos y pequeños campesinos, así como los jornaleros con poca o ninguna tierra. Esto originó un descontento e indignación descomunales. Pero lo más decisivo fue el movimiento para la recuperación del comunal. Miles de pueblos y aldeas se pusieron en pie para reclamar las tierras que el Estado les había expropiado a viva fuerza, para luego vendérselas a la burguesía.

La formidable combatividad de las clases preteridas en los años republicanos fue tan enorme y general que se dio un fenómeno único en el mundo. En plena crisis planetaria de la economía, la famosa gran depresión de 1929, los salarios reales y el nivel de vida ascendieron ininterrumpidamente. A pesar de la pavorosa represión ejercida por todos los gobiernos republicanos, de izquierda o de derechas, y de las continuas atrocidades cometidas contra las clases modestas por quienes enarbolaban la bandera de la II república, las acciones y movilizaciones populares fueron tan formidables y constante que los ingresos monetarios, la esperanza de vida media y el nivel de consumo ¡ascendieron de manera perceptible durante esos años! Tal es una prueba práctica de lo que puede lograr la lucha popular.

Ante el auge de una nueva oleada multitudinaria y general de acciones combativas la reacción acudió a la estrategia de Frente Popular. Éste fue una alianza de todos los partidos y sindicatos republicanos e izquierdistas, con el respaldo de una facción muy mayoritaria del anarquismo, organizado en CNT y FAI. En febrero de 1936 gana las elecciones, formando gobierno las fuerzas republicanas,

con el apoyo en el parlamento y en la calle de la izquierda, en concreto del PSOE, PCE, POUM, ERC y ANV.

El choque entre el Frente Popular y la revolución popular en ascenso fue tremendo. Por todas partes las gentes reivindicaban el comunal con palabras y actos, se defendían de la guardia civil pasando a atacar los cuartelillos donde se practicaba la tortura y a ejecutar a los torturadores. En muchas empresas el poder de los patronos era desobedecido quedando expropiadas de facto. Las comunicaciones resultaban cortadas, se constituían tribunales populares, fueron iniciadas huelgas de alquileres y se incautaban los productos básicos en los grandes almacenes. Eran atacados oficiales del ejército en la calle, los latifundios resultaban ocupados mientras las mansiones de los ricos y los altos funcionarios del Estado conocían acometidas casi diarias. Las huelgas eran muchas y muy potentes, así como las acciones de toda naturaleza en la calle, con enorme participación de las mujeres. La situación se hizo tan tórrida, sobre todo en la sociedad rural, que los funcionarios de carrera, los pudientes y los caciques se fueron escabullendo de los pueblos para refugiarse en las capitales de provincia o en Madrid, e incluso algunos huyeron a Francia.

El gobierno del Frente Popular implementó tres dispositivos contra la revolución en ascenso: 1) la demagogia, 2) la utilización de los partidos de la izquierda para parar el ascenso de las luchas, 3) el incremento de la represión.

Las promesas de toda naturaleza, la retórica incendiaria y el blablablá politiquero a cargo del gobierno frentepopulista se hicieron algo habitual. Los partidos políticos se entregaron a la tarea de paralizar, dividir y enfrentar a las gentes. Y, por encima de todo, la guardia civil y guardia de asalto, cumpliendo la órdenes de las autoridades del Frente Popular, llevaron a efecto una formidable estrategia de detenciones, torturas habituales y carnicerías. De éstas la más conocida es la matanza de Yeste (Albacete) en mayo de 1936, al reprimir la recuperación por los vecinos del comunal privatizado, pero hubo docenas y probablemente cientos de casos similares al de esta población serrana.

La consecuencia de ello es que el Frente Popular perdió su credibilidad, los partidos de la izquierda sufrieron una severa escisión entre los jefes, a las órdenes del gobierno frentepopulista, y sus bases, unidas al pueblo, y los cuerpos policiales, sometidos a un muy persistente acoso popular, se tuvieron que poner a la defensiva, refugiándose en sus acuartelamientos. Como efecto la legalidad dejó de cumplirse y las instituciones del Estado tanto como el funcionamiento normal del capitalismo comenzaron a paralizarse. En tales condiciones, una vez que la estrategia de Frente Popular contra la revolución popular se manifestó fallida, el ejército inició los preparativos para intervenir

contra el pueblo. Tal era la situación en los meses de mayo-junio de 1936.

Los partidos de izquierda fueron la punta de lanza de la contra-revolución política entonces. El PSOE ya había dado su respaldo a las numerosas matanzas de trabajadores realizadas cuando estaba en el gobierno, junto con los republicanos, en 1931-1933, de manera que su ejecutoria en el periodo del Frente Popular no fue nada nuevo. El Partido Comunista se manifestó como el más firme sostenedor de la línea de represión sangrienta y a gran escala implementada por el Frente Popular. El POUM, la ERC y el vasco ANV se mantuvieron fieles a la política frentepopulista, sin que ni siquiera la sucesión de actos de violencia contra los trabajadores les conmoviera.

La CNT negó que se estuviese produciendo un flujo rápido y general de la revolución, continuando con su política de respaldo implícito y bajo cuerda al gobierno de Frente Popular. Su congreso de Zaragoza, en mayo de 1936 manifestó que no era una organización revolucionaria sino una estructura ajena a las clases populares, ensimismada y solipsista, además en situación de fuerte contracción numérica, como se refleja en la caída de la cifra de afiliados. En una situación de abierta expansión revolucionaria en la base de la sociedad el anarcosindicalismo optó por las minucias, los titubeos y las pequeñeces, o sea, por ponerse al margen, y por tanto en contra, de la revolución. Allí, de facto, se impuso muy ampliamente la política que llevaría a CNT a tener tres ministros en noviembre de 1936 y a convertirse ya explícitamente en una organización de Estado, en una variante de partido político. Todo ello enseña bastante sobre las fundamentales deficiencias del anarquismo como teoría.

Con todo, la fuerza anti-revolucionaria principal en aquellos meses fue la formación política de Manuel Azaña, Izquierda Republicana, con el Partido Comunista como auxiliar. Ellos son los principales responsables de la estrategia de represión, torturas y matanzas contra las clases trabajadoras de la ciudad y el campo que tuvo lugar en los meses inmediatamente anteriores a la guerra. Azaña y sus adjuntos daban las órdenes de ejecutar los actos represivos y el Partido Comunista las justificaba ante la opinión pública con maquiavélicas intervenciones parlamentarias y mediáticas. A la vez, una rigurosa censura de prensa y radio, universalmente respaldada por la derecha y la izquierda, hacía muy difícil conocer lo que estaba sucediendo. A pesar de ello, todos sabían lo que pasaba y mejor que nadie las jefaturas de los partidos y sindicatos, que nada hicieron, antes al contrario, para detener la carnicería en curso¹, menos aún para ponerse del lado de la revolución popular.

¹ Los datos de la represión efectuada por el régimen republicano del Frente Popular contra el proletariado, el campesinado y las demás secciones populares en la primavera de 1936 están recogidos en mi libro "Investigación sobre la II república española, 1931-1936". Son incompletos porque la

Fracasado e inoperante el Frente Popular el sistema de poder y la gran propiedad sólo podían ser salvados por el ejército.

Desde los sucesos de 1934 el ejército había ido elaborando planes estratégicos actualizados para efectuar una decisiva intervención represiva, dirigida a liquidar la revolución en ascenso por medio de un baño de sangre de proporciones nunca vistas, lo que hizo durante la guerra civil. Su estrategia era: 1) el centro de la operación tenía que ser el Ejército de África, 2) para que éste tuviera suficiente material humano, carne de cañón en realidad, había que pactar con el clero musulmán marroquí, 3) el apoyo y ayuda de los regímenes nazis y fascistas de Alemania e Italia era imprescindible, 4) la incorporación al movimiento “salvador” del requeté era igualmente de primera importancia, 5) la Falange debía proporcionar la argumentación y justificación doctrinal, siguiendo la moda del ascenso de los fascismos en Europa, 6) el marco político y jurídico tenía que ser el fascismo, en vista de que el parlamentarismo (incluso el frentepopulista) habían sido impotentes para contener, controlar y sujetar a las clases populares, 7) los reclutas peninsulares del ejército no eran de fiar y, en el mejor de los casos, carecían de entusiasmo y acometividad, por lo que el peso de la acción combatiente tenía que recaer sobre los oficiales, las tropas mercenarias como la Legión, los soldados musulmanes y los contingentes fascistas y nazis.

Los meses de mayo y junio de 1936 probaron, como se ha dicho, la impotencia del Frente Popular para frenar la insurgencia popular, cada vez más extensa y combativa. Así las cosas, la conspiración militar culminó, quedando a la espera de un suceso coyuntural que les permitiera iniciar la guerra civil en las mejores condiciones. El asesinato del político de extrema derecha Calvo Sotelo por unos guardaespaldas al servicio del PSOE, operación asombrosamente mentecata que hay que situar dentro de la irreflexión e irracionalidad propias del izquierdismo, fue el pretexto perfecto para que los generales, dirigidos por Franco, comenzasen unos días después la guerra civil.

En la primavera de 1936 ya se perfilan nítidamente las tres fuerzas sociales en pugna, tres y no dos: el fascismo, cuyo núcleo era el ejército y los cuerpos policiales; el republicanismo e izquierdismo frentepopulista y el pueblo (los pueblos), enfrentado al primero y al segundo. Esa situación triangular es decisiva para comprender lo que fue la guerra civil, y sobre todo para comprender su desenlace. Explicar este acontecimiento histórico desde el par fascismo/republicanismo, o derecha/izquierda, es no comprender lo decisivo, que el pueblo, los pueblos, no estuvieron ni con unos ni con otros sino contra unos y contra otros, pues mientras fascistas y republicanos eran fuerzas del orden, del sistema, del capitalismo, por tanto formas de la anti-

censura de prensa logró ocultar una parte, probablemente importante, de las agresiones policiales pero la enorme significación cuantitativa de lo conocido permite una exacta evaluación cualitativa.

revolución, la gente común estaba por la revolución, de un modo confuso e inconsecuente sin duda, pero por la revolución, o cuando menos por parar los pies de un modo tajante a la expansión del aparato estatal y al ascenso de la gran empresa capitalista.

Una pregunta de importancia es, dado que fascistas y republicanos a fin de cuentas defendían lo mismo ¿por qué no se unieron contra el pueblo? Lo que les separaban eran dos cuestiones, por este orden, a) la pugna entre los dos bloques de poder en Europa, las “democracias” (Inglaterra y Francia) y los fascismos (Alemania e Italia), b) el modo de dominación, aún siendo un asunto secundario, les alejaba, también porque el fascismo tenía aquí (a diferencia de en Italia y, sobre todo, Alemania) poco apoyo popular, de manera que era ineludible que los defensores del régimen de dictadura parlamentarista se mantuvieran como fuerza independiente. En otras condiciones se habría producido el acercamiento político entre fascistas y republicanos para yugular unidos la revolución popular. Puesto que entonces la reacción europea estaba dividida también se dividió la reacción española, dado que cada bloque tiraba hacia sí de una porción de las élites mandantes en Madrid.

¿POR QUÉ GANÓ FRANCO?

Inicialmente, el levantamiento militar fascista tiene ante sí a un bloque formado por 1) el pueblo, los pueblos, 2) las fuerzas republicanas e izquierdistas, 3) una parte nada despreciable del aparato castrense y policial que se atiene a la legalidad republicana sobre todo por los vínculos que les unía con el imperialismo anglo-francés. Los historiadores de la izquierda pretenden apropiarse, cada uno para su partido o sindicato, de todo o lo principal del mérito de haber derrotado en una parte del territorio al franquismo los días 18-20 de julio de 1936 pero lo cierto es que de las tres fuerzas inicialmente antifranquistas los partidos constituyen la más débil. El mérito principal corresponde al pueblo, a la gente común apartidista, y también a los sectores del ejército y de la guardia civil que no se sublevaron y lucharon en la calle, lo que fue particularmente significativo en Barcelona.

Vencido el franquismo -en ciertas áreas- la coincidencia de facto se quiebra y la contradicción poder republicano frentepopulista/pueblo se convierte en la principal. Desde el día 21 de julio la preocupación principal de las instituciones republicanas y de los partidos del Frente Popular era la manipulación y represión de las clases trabajadoras, para ir desmontando las realizaciones revolucionarias. Para ello se acude a un arsenal de medidas, desde la demagogia hasta la constitución de las milicias de los partidos y sindicatos, que se encargan del castigo no sólo de los fascistas auténticos sino también de aquellos trabajadores opuestos a la dictadura partidocrática, a los que se ponía la etiqueta de “fascistas” y se reprimía.

Si en la zona en que ganó Franco la revolución es erradicada sangrientamente, en la que quedó bajo la república resulta igualmente perseguida. Las dos formas de dictadura burguesa, la fascista y la frentepopulista (o parlamentarista) compitieron a ver quien era capaz de ajustar cuentas mejor con las clases populares. Si Franco lo hacía en nombre de *“la revolución nacional-sindicalista”* la izquierda se valía de formulas no menos sonoras entre las que destacaba las de *“colectivización”* y *“socialización”*. Si en el bando faccioso la burguesía era la antes existente, la de siempre, en el republicano se creó una nueva burguesía, constituida por los jefes y jefas de los partidos de izquierda y republicanos, así como por los dirigentes de los sindicatos. Ésta se apoderó del control efectivo, por tanto, de la propiedad de los fundamentales medios de producción. Tal nueva burguesía muy rápidamente entró en conflicto con las clases trabajadoras, desatándose una lucha de clases que contribuyó en mucho a la victoria de Franco.

La guerra civil fue una contienda política y social, en la que la derrota del fascismo exigía la implicación efectiva de las gentes en la pelea, para lo cual éstas debían participar en la toma de decisiones políticas y en la gestión de la economía. Pero eso no sucedió. Los trabajadores se vieron casi inmediatamente confinados en las tareas de la producción y sometidos a las torturas del trabajo asalariado, mientras que una nueva clase burguesa, formada por los bonzos de la izquierda fusionados con el viejo aparato funcional y una parte de la burguesía de antaño, se apropiaban de todo. Dicho de otro modo, cuando la partitocracia se hizo nueva burguesía las clases trabajadoras se apartaron de la escena política, y quienes persistieron en participar, fiscalizar, exigir y proponer fueron víctimas de la represión desencadenada por las milicias de la izquierda, singularmente incompetentes en el campo de batalla frente a facciosos armados pero feroces contra las gentes desarmadas e indefensas de su retaguardia.

La segunda cuestión que creó antagonismo entre la izquierda y el pueblo fue la consigna *“Defensa de la República”*, según la cual se exigía a aquél, al pueblo, que luchara con las armas por defender a quien hasta el mismo día 17 de julio había sido su implacable verdugo, el régimen republicano del Frente Popular. Esto, imposible e incluso impensable, fue especialmente cierto en el campo, donde entonces residía una porción enorme de la población. La gente rural se negó a ponerse del lado de la república (que les había estado engañando, agrediendo, torturando y matando desde el mismo 14 de abril de 1931) contra Franco. Su línea de conducta fue no estar ni con unos ni con otro, ni con los fascistas ni con los izquierdistas. En suma, los campesinos se inhibieron. Eso explica que no hubiera guerrilla campesina en la retaguarda de Franco, asunto que pudo haber sido determinante para derrotar a éste.

Causa estupor que prácticamente ningún historiador sea capaz de explicar por qué la retaguardia franquista no conoció ninguna

insurgencia, aunque no tuvo tampoco ninguna adhesión sincera reseñable. En el país que había inventado, en 1808-1814, la guerrilla ¡no hubo nada de guerrilla antifascista en 1936-1939! Ningún dato prueba mejor el carácter no-popular, burgués, institucional, ajeno a la revolución, del bando republicano. Así las cosas, las posibilidades de éste de vencer y ganar la guerra disminuyeron drásticamente.

La misma estrategia general de los republicanos pone en evidencia su naturaleza clasista. Esperaban ganar a través de cinco procedimientos: 1) los notables recursos materiales de su territorio, en particular la industria pesada y las reservas de oro del Banco de España, 2) la ayuda internacional, de las “democracias” y la URSS, 3) la parte principal de la flota de guerra y la aviación, que había quedado de su lado en el inicio de la guerra, 4) la propaganda, 5) la represión de su retaguardia. Nunca contaron con la gente, con el pueblo. Éste era concebido como masa laboral que debía trabajar muy duramente para “*vencer al fascismo*”, en realidad para enriquecer a la nueva burguesía partidocrática, republicana y de izquierdas. Al apartar a la gente común de cualquier forma de participación política durante toda la guerra, el bando republicano manifestó haber constituido un régimen dictatorial, y con ello firmó su sentencia de muerte.

La supuesta ayuda internacional, costeada con el oro del Banco de España y con la exportación de productos básicos (que faltaban luego en la vida de la gente), proporcionó a los republicanos una notable cantidad de armas y equipo, en algún caso muy superior, en número y calidad, al recibido por los franquistas, tal sucedió con los carros de combate. Pero todo ello no pudo contrarrestar el colosal antagonismo existente dentro del ejército “popular” de la república entre los mandos y los reclutas, la firme voluntad de las clases populares de no admitir ni realizar la “*Defensa de la República*”, la ausencia de toda estrategia o doctrina militar reflexionada, la desmoralización de la retaguardia por causa de la represión arbitraria, a menudo de tipo gansteril, y la aguda lucha de clases existente entre la nueva oligarquía izquierdista y los trabajadores, por citar los más importantes factores.

El asombrosamente alto porcentaje de deserciones que padeció el ejército republicano, que no disminuyó a pesar de los severísimos y continuados castigos impuestos, indica que el sujeto común no se sentía identificado con el republicanismo, y que cuando era llamado a filas acudía desmotivado si no hostil. Ello ocasionó, asimismo, que una gran parte del armamento recibido fuese abandonado en el campo de batalla, lo que permitió a los franquistas utilizar notables cantidades de él, lo que apenas sucedió en la dirección contraria.

Los republicanos, dejando de lado los cinco puntos antes expuestos, no tuvieron una estrategia para ganar, en el sentido clásico de dominar el arte de la guerra con el fin de aplicarlo creativamente a una situación dada. Como lo esperaban todo de los recursos materiales,

el equipo militar y la acción de las grandes potencias no elaboraron una doctrina militar. El general Vicente Rojo, un alto oficial católico de carrera que se mantuvo leal a la república, hizo algunos esbozos de planificación de ciertas grandes batallas, en particular la de Belchite en el verano de 1937, pero todo ello quedó en el estadio de lo parcial y, por ello, no resolutivo. Sorprende que a pesar de que los fundadores del marxismo fueran unos enamorados del teórico por excelencia del arte de la guerra, Karl von Clausewitz, sus discípulos ibéricos nada hicieron para servirse de él.

Esto admite ser explicado a partir de su hábito de reducirlo todo a propaganda, a lo que puede vociferarse dirigido a la plebe, con desdén por la reflexión serena y objetiva de los problemas del momento con vistas a su resolución. De ese modo el irracionalismo, demencia e insensatez propios de la izquierda española, un rasgo suyo que le fue útil al franquismo en la guerra, se manifestó en toda su intensidad en 1936-1939. Su sorprendente torpeza e ineptitud en la guerra civil se expresó en bastantes episodios que deberían incluirse en el estudio de Geoffrey Regan sobre la incompetencia militar. Entre ellos, ocuparía un lugar de avanzada la actuación de la Columna Durruti en Aragón.

Si no hubo guerrilla campesina a favor de la república tampoco existió movilización de la clase obrera industrial, como lo manifiesta que al poco de empezar la guerra ya no hubiera afluencia de voluntarios al ejército “popular” de la república en las áreas industriales y las ciudades, a pesar de las 10 pesetas diarias que percibían, suma notable para la época, que contribuyó a desmoralizar y corromper a las milicias. No podía haber muchos combatientes voluntarios porque la guerra había empezado cuando un sinnúmero de huelgas bullían por todas partes, ásperamente reprimidas por las autoridades del Frente Popular. Igual que hizo con los campesinos, a los obreros industriales la izquierda les demandó que lucharan a favor de su brutal verdugo de hacía unos días, la república del 14 de abril.

Por ejemplo, fue imposible movilizar a la clase obrera madrileña a favor del régimen republicano y contra el fascismo debido a que aquél había perseguido con saña a los trabajadores en huelga, pues el día 18 de julio estaban, sólo de la construcción madrileña, 80.000 trabajadores en lucha contra el gobierno de Frente Popular y su protegida, la gran patronal. En las ciudades la consigna “*Defensa de la República*” fue también la vía más efectiva para entregar la victoria a Franco, como así sucedió. La lucha de clases en la zona republicana resultó ser bastante intensa durante toda la guerra, con numerosas fábricas, cooperativas o colectividades controladas por el Estado y empresas agrarias, convertidas en escenario de la resistencia obrera al trabajo asalariado, sabotaje, boicot y huelgas. Hubo asimismo multitudinarias protestas en la calle, por lo general efectuadas por mujeres, que denunciaban la escasez e incluso el hambre que padecían

sus familias, mientras los prebostes de la nueva burguesía y nuevo alto funcionariado izquierdista llevaban una vida de confort y dispendio.

Una conclusión muy sólida es que la izquierda, con su política anti-revolucionaria, destinada a defender la república burguesa y estatista del 14 de abril, creó las condiciones perfectas para el triunfo de Franco. La izquierda fue, en consecuencia, uno de los elementos decisivos que posibilitaron la victoria del fascismo en 1939. Hubo fascismo 40 años porque la izquierda estableció las condiciones sociales, políticas, emocionales y económicas para ello en el periodo 1931-1939.

Franco y sus planificadores (el general Mola sobre todo) organizaron su acción ofensiva de manera meditada. Comprendió que dentro del país no podía encontrar fuerzas sociales numéricamente significativas a su favor, debido al ascenso de la revolución popular. Lo que aportaba el falangismo era poca cosa, y aunque el requeté proporcionaba algo más a fin de cuentas resultaba muy insuficiente. Los mercenarios de la Legión tampoco tenían el potencial numérico necesario. Así que tuvo que mirar hacia el exterior. Los dos elementos que verdaderamente hicieron ganar la guerra a Franco fueron la ayuda de nazis y fascistas, por un lado, y por otro los 100.000 musulmanes norteafricanos que entregó el clero islámico al fascismo español, en parte por afinidad doctrinal y en parte por dinero. Aquéllos proporcionaron el equipo y armamento militar más modernos, y éstos las fuerzas de infantería fundamentales. En esa colusión ente nazi-fascismo e islam, favorecida por las decisivas coincidencias doctrinales que hay entre uno y otro, es donde está la clave de la victoria de Franco. Éste, el *“Centinela de Occidente”*, el *“Nuevo Cruzado Cristiano”*, fue en buena medida realización de los musulmanes.

El franquismo contó con una masa de choque de 200.000 hombres, que era la que le hacía ganar una batalla tras otra (sólo en Guadalajara, en marzo de 1937, alcanzaron los republicanos unos logros que admiten ser calificados de victoria, aunque faltó la fase final, de aniquilamiento del enemigo, error colosal), lo que le permitió prescindir de los reclutas de filas, que fueron confinados en los frentes secundarios y tareas de guarnición. Los republicanos conocieron una situación diferente, pues dejando de lado a los voluntarios de las Brigadas Internacionales, tan insuficientes que eran no resolutivos militarmente, dependían de la recluta autóctona.

Pero ésta se negó tenazmente y de forma muy mayoritaria a identificarse con la causa de la república, por los motivos expuestos. Es cierto que los partidos y sindicatos proporcionaron milicianos primero y luego soldados pero fueron escasos (aquéllos tenían una militancia real raquíta) y de escasa calidad. La resultante de todo ello se manifestó una y otra vez en el campo de batalla, donde el franquismo obtuvo conquistas y victorias decisivas. El argumento de que el franquismo

recibió mucha más ayuda militar del exterior que la república está desacreditado, pues ambos bandos gastaron en armas cantidades similares, y además durante la primera mitad de la contienda casi toda la gran industria estuvo bajo dominio republicano. Por tanto, el ominoso fracaso militar de la izquierda no permite ser explicado simplemente desde los factores materiales y militares, teniéndose que acudir a los políticos e ideológicos.

La represión indiscriminada, ciega, masiva y ayuna de todo control (particularmente en el primer año de la guerra) que tuvo lugar en el territorio republicano fue excelente para la causa de Franco. Al negarse las garantías procesales y el respeto mínimo a las prerrogativas de la persona, al hacer del impartir justicia un acto en manos de minorías armadas salidas nadie sabía de dónde, sin participación y ni siquiera supervisión popular, el individuo medio se vio sumergido en un pavoroso escenario de desenfreno represivo, en el cual carecía de posibilidades de defenderse en caso de ser incriminado. Se hacían escasas o nulas investigaciones para diferenciar a inocentes y culpables, para determinar quiénes eran fascistas activos, apolíticos y antifascistas. A todos se les perseguía y, a menudo, fusilaba por igual. Esto ocasionó un ambiente de terror totalitario en el cual el prestigio del régimen republicano se fue al garete.

La persecución de los católicos fue un acto de genocidio dirigido a exterminar a un sector de la población, al que se le adjudicó arbitrariamente el marbete de culpable colectivo, sin pruebas en el 99% de los casos. El impacto que ello ocasionó en la opinión pública interior y exterior fue enorme, de tal modo que en EEUU, por ejemplo, la ayuda financiera y técnica a Franco se pudo efectuar con escasa oposición porque la opinión pública se quedó estupefacta ante la persecución indiscriminada de los católicos sólo por el hecho de serlo, sin respeto por la libertad de conciencia y la libertad de cultos. El progresismo español, tan pretendidamente ultra-moderno, con ello retrocedió a las guerras de religión de los siglos XVI-XVII, evidenciando su arcaísmo. Tal expresión de anticlericalismo burgués fue otro elemento de importancia en la adjudicación de la victoria al bando franquista. Franco y sus jefes disfrutaron muchísimo contemplando lo que al respecto sucedía en el otro bando...

Pero no fueron sólo los católicos. Los críticos apartidistas proletarios y campesinos con la dictadura partidocrática devenida nueva burguesía de izquierda eran etiquetados como “fascistas” y asesinados. Conocidos personajes de la política, el sindicalismo y las letras, ellas y ellos, confeccionaban listas negras desde la seguridad y omnipotencia de sus despachos, luego realizadas por equipos armados de matones despiadados que se decían milicianos. Quien discrepaba era sumariamente ejecutado, sin que se hicieran las necesarias averiguaciones, sin que se ofreciera a los reos, por lo general, la oportunidad de defenderse, y sin que la sociedad fuera informada de lo

que estaba ocurriendo, aunque toda justicia ha de ser pública, abierta y transparente para que sea auténtica y legítima. En conjunto, el número de personas asesinadas por ambos bandos durante la guerra civil fue similar. Las matanzas masivas de los fascistas tienen su equivalente en las matanzas masivas de los republicanos.

Ya metidos en ese lodazal, el régimen totalitario republicano inició la persecución de sus integrantes. El POUM fue demonizado y su dirigente, Andreu Nin, raptado, torturado hasta la muerte y enterrado clandestinamente por los comunistas, que actuaron de manera impune. Con él docenas de militantes de este partido marxista fueron igualmente asesinados y cientos encarcelados. Lo mismo aconteció con muchos anarquistas, y con algunos nacionalistas catalanes. Todo ello admite ser calificado de fascismo de izquierdas, o sea, de estalinismo, certidumbre que inspiró a Orwell los escritos de su última época, escapando por poco él mismo a la brutalidad homicida de aquél. En tal situación las gentes se desentendieron de lo que estaba sucediendo y se refugiaron en los asuntos de su vida privada, actuar que ayudó extraordinariamente a Franco.

Las luchas partidistas dentro del bando republicano alcanzaron un grado de ferocidad y repercusión pública que no sólo contribuyeron a debilitar el esfuerzo de guerra sino también a desmoralizar a la población. La nueva burguesía surgida de la izquierda política y sindical peleó despiadadamente entre sí por hacerse con la mayor porción posible del poder estatal, la fuerza militar, los medios de producción y los recursos monetarios. Las querellas doctrinales o eran muy secundarias o estaban directamente al servicio de la descomunal rebatiña que se desencadenó, lo que contribuye a explicar su pobre nivel intelectual. El episodio más conocido es los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, donde el bando ganador dentro de la nueva burguesía, formado por los republicanos y los comunistas, apaleó brutalmente al bloque perdedor, CNT y POUM, con el fin de despojarle de todo el poder.

Todavía algunos historiadores presentan al anarcosindicalismo como el sector “positivo” del bando republicano, junto con el marxista disidente POUM. Pero éstos son simplemente la facción fracasada en las espeluznantes luchas de poder que tuvieron lugar. Las jefaturas de CNT y POUM se hicieron tan nuevo aparato de Estado y nueva burguesía como sus rivales, y estaban tan en oposición antagónica con la gente trabajadora como ellos, aunque quedaron perdedores en la guerra civil intestina del bando republicano. No puede reducirse la presencia gubernamental anarquista a los tres ministros que ocuparon poltronas en noviembre de 1936 en el gobierno de Largo Caballero, el de la anti-revolución, el destinado a eliminar a punta de bayoneta los logros conseguidos por las clases populares en los meses de julio y agosto de ese año, para restaurar el poder estatal republicano íntegro. El único sector positivo sin comillas, aunque sólo lo es parcialmente, fue el

pueblo, las gentes apartidistas y ajenas a dogmatismos políticos y fes doctrinales.

Los anarquistas, desde el día 20 de julio, participaron en un gran número de organismos de poder, primero ajenos y después hostiles a los trabajadores, y a continuación se integraron en el aparato funcional, el ejército y los cuerpos policiales. En total, muchos miles de anarquistas se convirtieron en nuevos poderhabientes. La CNT, y lo mismo la FAI, actuaron durante la guerra civil como un partido político entre otros, interesados vitalmente en decapitar la acción revolucionaria de las clases trabajadoras para imponer su propio poder político, militar, doctrinal, organizativo y económico.

Los defectos sustantivos inherentes a la teoría anarquista se manifestaron de esa manera. El anarquismo obró así, en última instancia, por ser heredero de la Ilustración, admitir la teoría del progreso, inspirarse en la revolución francesa, hacer suyo el racionalismo, admirar el desarrollismo económico, loar las supuestas bondades de la tecnología, negar la centralidad de la persona y desdeñar la vida espiritual autoconstruida. Por estructurarse como una creencia y una fe dogmática alejada de la realidad y la vida de la gente común, inmune a la experiencia y a la evolución de la sociedad. Una fe, además, que excluye la noción y estrategia de revolución, concebida como emergencia libre y autónoma de todas las fuerzas vivas de la sociedad que se comprometen en el cambio cualitativo, lo que queda cabalmente claro en su congreso de Zaragoza de mayo de 1936, un encuentro ostensiblemente anti-revolucionario en unos tiempos revolucionarios. Esto le apartó de las clases trabajadoras, con fuerte contracción de la afiliación y creciente desprestigio.

Por eso el supuesto antiestatismo libertario es solo verbal, pues admitidas tales premisas el ente estatal es consecuencia inevitable. Del mismo modo, su adhesión abstracta a la libertad queda en muy poco en los hechos cuando se propone como meta final una “*sociedad libertaria*” en la que sus ideas serán las únicas admitidas y donde todas las personas, al parecer, tendrán que declararse anarquistas, lo que invalida la libertad más decisiva, la de conciencia, que lleva aparejada la libertad de elegir el propio estilo de vida y creencias, y elegirse como sujeto que se autoconstruye. El anarquismo no tiene una concepción de la persona como ser autónomo y libre que se va edificando desde el interior de sí, al estar poseído por el individualismo burgués extremista de Stirner y Nietzsche. De todo ello emergió el anarquismo de Estado observable en la guerra civil.

Lo cierto es que quienes se adscriben a una teoría, diferente y otra al modo experiencial ateorico de existir de la gente común, se hacen porción aparte del pueblo, en consecuencia nueva burguesía y nuevo aparato estatal en potencia. Si desde un sistema dogmático o de creencias se da el salto a constituir una organización estable y

formalizada, sea política o sindical, se ha efectuado una notable aproximación a establecerse, en cuanto tenga lugar una crisis social de gran intensidad, en nuevo aparato estatal y nueva patronal. La acción revolucionaria tiene que ser sin teorías, sin cuerpos de creencias, y sin organizaciones estables. No la pueden efectuar partidos o sindicatos porque éstos llevan dentro de sí, de manera objetiva e inevitable, la nueva clase burguesa y el nuevo Estado.

La economía de la zona republicana funcionó de forma deficiente, probablemente peor que la de la franquista. Las causas son varias, la incompetencia de la burguesía recién constituida, que carecía de la experiencia y saberes de la preexistente; la naturaleza relativamente inefectiva de una economía tan excesivamente estatizada como la republicana; el despilfarro y gusto por el consumo de lujo de los nuevos mandamases; las tremendas peleas de poder entre partidos y sindicatos, que desorganizaban la producción, y el enorme nivel que alcanzó la conflictividad laboral, a causa de la exasperada lucha de clases entre la novísima patronal (republicana, comunista, socialista y anarquista) y los trabajadores de base, que percibían en ella a una burguesía de nuevo tipo y despiadada naturaleza, que además les sermoneaba con cínicas soflamas redentoristas. La productividad del trabajo debió padecer bastante en tales condiciones.

Otra importante cuestión que manifestó ser un factor de debilidad (pero también de fuerza, aunque perversa) del bando republicano fue la propaganda. La izquierda establece una ruptura extrema entre verdad y propaganda, hasta el punto de que la primera queda desdeñada y la segunda identificada con la manipulación mental en pro de unos fines supuestamente emancipadores, en lo que se estructura como una forma extrema de maquiavelismo. Mientras la izquierda estuvo excluida del poder la contradicción entre la propaganda y la verdad, y entre lo que se predica y lo que se practica, era reducida, pero ello quedó trastocado cuando se hizo componente estatal y neo-empresarial, al poco de iniciarse la guerra. En tales circunstancias su retórica aparece ante los ojos del trabajador de filas como un ejercicio de cinismo y engaño, de asertos altisonantes en indecente oposición con su práctica. Esto contribuyó a desmoralizar todavía más a la población que se vio inmersa en un universo de la mentira y la añagaza, en donde no era posible ya creer en nada ni, en consecuencia, luchar por nada. El bando franquista no sufrió ese problema, pues en él la coincidencia entre lo dicho y lo hecho era plena: defendían verbalmente el capitalismo y lo realizaban, de manera que nadie podía sentirse engañado.

El general desprecio e incluso mofa por lo axiológico y lo moral que es inherente a casi todo el ideario republicano y a la práctica totalidad de la izquierda española se hizo un factor más de desmovilización y reclusión en la zona afecta al gobierno de Madrid. Debido a que lo único que preconizan como supuesto ideal ético es el hedonismo, que se realiza a través del consumo, en el frente pero sobre

todo en la retaguardia se fue constituyendo un estado de ánimo desalmado. La ausencia casi universal de criterios morales promovió un egoísmo muy extendido, que se hizo indiferencia ante el curso de la guerra, negativa a sacrificar nada en beneficio del frente, arribismo desvergonzado, posesividad acaparadora y búsqueda frenética de bienes consumibles. Todo ello desmoralizaba todavía más a los combatientes cuando pasaban una temporada de permiso, retornando al frente sin motivos interiores para continuar combatiendo. En una guerra social el bando revolucionario, si lo es realmente y si quiere vencer, tiene que mantener y conservar a toda costa la superioridad moral.

La indiferencia con que la población de Barcelona, Madrid y otras ciudades asistió a la entrada de las tropas franquistas en 1939 mide su hastío, frustración y desentendimiento para con la república burguesa y la partitocracia izquierdista. Únicamente quienes formaban parte de la nueva patronal y de los nuevos aparatos de poder pensaban en resistir, o más bien en huir, una fracción reducida del vecindario. La gran mayoría concluyó lo obvio, que franquismo y republicanismo, fascismo de derecha y fascismo de izquierda, eran en esencia lo mismo, de modo que no merecía la pena tomar partido por ninguno de los dos.

En el bando republicano e izquierdista la generalizada baja calidad del sujeto se manifestó en la acción armada como incompetencia, pasividad y cobardía, como irreflexión, irresponsabilidad, hedonismo y ausencia de heroísmo. Hay que tener en cuenta que aquél no sólo no dispone de una concepción sobre la persona y su construcción libre sino que degrada a ésta a mera resultante de causas objetivas, mecánicas e impersonales, con lo cual la cosifica. Además, la interpretación politicista y economicista propia del progresismo, al ignorar al ser humano real, agrava la despersonalización y nadificación. De ello proviene buena parte de la débil iniciativa individual, casi general torpeza y muy extendida incompetencia que se observa en el actuar bélico de las fuerzas de izquierda durante la guerra civil.

Unos individuos de escasa calidad y deficiente virtud personal no pueden ser buenos combatientes revolucionarios, porque los seres nada están contruidos desde fuera para ser perpetuos oprimidos por incapacidad intrínseca de liberarse a partir de sí mismos, que es la única liberación verdadera. Que en el Madrid republicano (también en Valencia y Barcelona, aunque menos combativa) hubiera quinta columna, además muy activa, pero no en la Sevilla sometida al franquismo, o en Bilbao después de su toma por Franco, dice bastante acerca de la naturaleza y calidad, de la capacidad para el compromiso y disposición para el sacrificio, de las personas en uno y otro bando. Una guerra se gana con esfuerzo, responsabilidad y abnegación, pero al ser estos valores débiles en el bando republicano eso facilitó la victoria de Franco.

La base organizativa de la quinta columna fascista madrileña fueron mujeres, sobre todo la organización clandestina Auxilio Azul, con una afiliación de 6.000 féminas, lo que se ha de explicar desde la aversión generalizada de las mujeres a la línea desfeminizadora y neopatriarcal de las organizaciones feministas de la izquierda, mucho más débiles que las de la derecha, el fascismo y la Iglesia. Todo ello explica que la aportación de las mujeres a la victoria de Franco fuese significativa².

Otra causa de la derrota de la república estuvo en su infausta política hacia Marruecos, entonces colonia española. El Frente Popular adoptó desde el día mismo de acceder al gobierno una línea obstinadamente colonialista y racista hacia los pueblos norteafricanos, reforzando la represión. Mientras, la Falange y el ejército alcanzaban acuerdos secretos decisivos con el clero musulmán, encaminados a realizar una muy extensa recluta de varones para pelear como mercenarios en las filas del fascismo español. Iniciada la guerra el gobierno frentepopulista habría podido truncar tal estado de cosas declarando a Marruecos independiente, lo que era además su obligación política y ética. Pero la línea militarista, imperialista y racista del Frente Popular y de toda la izquierda (con excepción de CNT) se lo impidió, de manera que el muy reaccionario clero musulmán pudo seguir enviando hombres y más hombres a Franco, que le fueron decisivos, como se dijo, para vencer.

La conclusión final de lo expuesto es que la izquierda y las fuerzas republicanas operantes en la guerra civil realizaron una línea y un desempeño global que resultaron ser de primera importancia para que Franco triunfase. Acumularon tal cantidad de desaciertos y arbitrariedades, actos reaccionarios y políticas pro-capitalistas, elementos crueles e inmorales, atropellos y tropelías, ignorancia e incompetencia, torpeza y cobardías, que no podían vencer. Al ofender y agredir a los campesinos, a los trabajadores industriales, a las mujeres, a los creyentes, a una buena parte de la opinión pública mundial, a las personas sin ideas políticas definidas pero dotadas de un sólido sentido de la rectitud, la dignidad, la libertad y la justicia (que eran la inmensa mayoría), a los pueblos de Marruecos, etc., se cavaron su propia tumba. Esto no puede ser ocultado tras una línea pseudo-argumental centrada en el victimismo, ni acudiendo a los ya hace mucho refutados argumentos sobre una pretendida superioridad en armamento de Franco.

² Este asunto está tratado detalladamente en **“Feminicidio, o autoconstrucción de la mujer”**, María Prado Esteban Diezma y Félix Rodrigo Mora. También, en el capítulo correspondiente de mi libro sobre la II república, antes citado. Al arrojar a muy amplios contingentes de mujeres en brazos del fascismo con su política neo-misógina, el republicanismo y la izquierda hicieron un favor colosal a Franco. Al mismo tiempo, las mujeres conscientes deberían evaluar autocriticamente el comportamiento femenino en la guerra, que se hizo uno de los pilares del éxito del fascismo.

Perdieron en primer lugar porque los partidos de la izquierda, así como los sindicatos, eran anti-revolucionarios. Por ello, la guerra civil, a partir de 1937, fue un duelo entre dos fuerzas reaccionarias, entre dos formas de totalitarismo, en la que venció el más astuto y avisado, perdiendo el más torpe y tosco de los dos. La izquierda, en conclusión, no fue antifascista sino que realizó en la guerra civil otro tipo de fascismo, sólo formalmente distinto al de los franquistas, lo que fue excelentemente captado por Orwell, según se ha dicho.

La derrota de la izquierda española en 1939 fue un primer capítulo del fracaso y quiebra del montaje irracional, despótico y megacapitalista erigido a partir de la revolución “socialista” de octubre de 1917 en Rusia. Ese es su marco. Hagamos una breve relación de acontecimientos. En 1953 el proletariado de Berlín, furioso por la opresión y sobre-explotación que padecía, se alza contra la nueva burguesía comunista de Alemania Oriental. Las huelgas y manifestaciones obreras son reprimidas por la policía del partido comunista y cuando queda desbordada llama al ejército rojo, que lanza los carros de combate contra los rebeldes, provocando se supone que 50 muertos en las calles y 13 más ejecutados posteriormente. Unos 500.000 obreros se sumaron a las huelgas. Hoy en Berlín hay una avenida, la del 17 de junio, que recuerda tales sucesos.

El proletariado berlinés fue, en realidad, el segundo que en Europa se enfrentó de manera abierta y en la calle al neo-capitalismo de la izquierda marxista, pues en la guerra civil el choque entre la clase obrera y la neo-patronal de la izquierda fue intenso y constante, con episodios concretos que están por historiar. Es más, en la etapa del Frente Popular anterior al inicio de la guerra, febrero/julio de 1936, los trabajadores libraron, según ha sido expuesto, una lucha formidable contra el gobierno frentepopulista, que mató a cientos de ellos y torturó a miles. Ya antes el gobierno republicano y socialista de 1931-1933 se había singularizado por su fría determinación de usar a la guardia civil y a la guardia de asalto contra los trabajadores, de donde resultó la matanza de Casas Viejas (Cádiz), y muchas decenas más.

Hay otras similitudes. Una de ellas es la matanza de derechistas realizada por las autoridades republicanas en varios pueblos al noreste de Madrid (Torrejón de Ardoz y Paracuellos) durante el otoño de 1936, con unas 2.500 víctimas. En sus intenciones y metodología es casi idéntica a la efectuada por la policía política soviética en Katyn (Rusia), donde en la primavera de 1940 fueron asesinados más de 21.000 prisioneros polacos previamente seleccionados por su significación política, religiosa, económica, militar, cultural, etc.

La rebelión obrera de Berlín en 1953 contra el capitalismo de izquierdas fue seguida de otras. En 1956 una buena parte del pueblo húngaro se levanta contra el gobierno izquierdista, lo que culmina en una guerra civil de baja intensidad que se mantuvo durante semanas,

liquidada por la intervención del ejército rojo. Todo comenzó el 25 de octubre, cuando la policía comunista húngara ametralló una manifestación en el centro de Budapest matando a 600 personas, lo que desencadenó la insurrección. A principios de noviembre la rebelión fue atacada por los tanques y la aviación soviética, quedando vencida toda resistencia el 14 de ese mes. Unos 20.000 húngaros perdieron la vida.

En Polonia las acciones obreras de protesta proliferan de manera asombrosa, en contra de la dictadura del partido comunista. Por ejemplo, en junio de 1956 más de 100.000 trabajadores fueron a la huelga en la ciudad de Poznam, siendo reprimidos por el ejército, que dio muerte a varias docenas. A pesar del terror institucional las huelgas se hicieron habituales. Lo mismo en Rumanía, en particular contra la dictadura comunista-fascista de Nicolás Ceaucescu y su clan criminal. Éste fue uno de los principales protectores y financiadores del Partido Comunista de España. En Checoslovaquia las huelgas comenzaron a ser muchas e intensas en 1952 y se mantuvieron desde entonces. En todos esos países hubo incontables manifestaciones espontáneas de miles y decenas de miles de trabajadores, que en alguna ocasión asaltaron las sedes de los partidos comunistas, arrojando por las ventanas banderas, fotos y bustos de sus bonzos e ideólogos.

En la Unión Soviética las movilizaciones proletarias van, asimismo, minando la tiranía del partido comunista y sabotando la producción hasta que se crea una situación sin salida. En 1989-1991 todos los regímenes comunistas-fascistas del este europeo se desmoronan, víctimas de su propia perversidad, hiper-despotismo, incompetencia, desprecio por la persona e insustancialidad. Hay que enfatizar que la actual gran burguesía que hoy domina esos países ha surgido de los partidos comunistas, pues son los marxistas-leninistas de antaño ahora reconvertidos en empresarios y banqueros.

Por tanto, lo que aquí sucedió en 1931-1939 no es nada singular ni excepcional, salvo en que la barbarie de la izquierda fue decisiva para hacer triunfar la barbarie de la derecha, la victoria de Franco en 1939. Franco y la izquierda son hermanos enemigos.

Son necesarias unas reflexiones sobre la función del pueblo apartidista y ateórico, actuante en sí y para sí, en la guerra civil. Él fue quien combatió muy valerosamente, a partir de 1934 sobre todo, contra el ascenso del capitalismo y la extensión creciente del Estado, en defensa de su estilo de vida, mil veces más moral, libre y convivencial, más alegre, humano y equilibrado que el impuesto desde arriba por el poder constituido. Resistió y luchó, y por ello padeció a manos del Estado, de los partidos de derecha e izquierda, de los sindicatos y sobre todo de la guardia civil y demás cuerpos represivos. En la primavera de 1936 se lanzó en tromba a detener la expansión de los factores de opresión, desestructuración, enloquecimiento y saqueo. Pero no tenía ningún proyecto, ningún programa, ninguna estrategia mínimamente

elaborada. Su lucha fue ciega, sin perspectiva, meramente intuitiva, sólo defensiva. No se planteaba, en realidad, vencer sino únicamente hacer retroceder a los atroces poderes ilegítimos que estaban arruinando su mundo. El estallido de la guerra civil le pilló descolocado. Le trituraron los fascistas y le trituraron los republicanos, por lo que suyos fueron la mayor parte de los matados en uno y otro bando. Para finales de 1936 ya estaba en reflujo y retirada, sometido a una represión descomunal en todas partes, a cargo de los milicianos de la Falange en unos sitios y de los milicianos de la izquierda en otros. Luego se desentendió, dejó de pensar en términos políticos, volvió a lo cotidiano y convivencial, a sobrevivir y capear lo mejor posible el temporal. El mundo rural, que era la vanguardia de la resistencia popular, al constatar experiencialmente desde 1939 la ferocidad y brutalidad del fascismo de Franco, promovió la guerrilla antifranquista. Ésta no fue, principalmente, obra de partidos y sindicatos, como pregonan los plumíferos de la izquierda, sino creación de la gente de las aldeas y los pueblos, que se sirvió de lo que tenía a mano para contener y golpear al fascismo. Duró hasta 1952, e incluso algo más en alguna zona.

La lección principal es que el pueblo en sí no resulta apropiado para hacer la revolución. Es necesario pero no suficiente. Tiene que darse el factor consciente, la comprensión cualitativa de la realidad que culmine en un proyecto y programa estratégico de revolución integral.

¿QUÉ SIGNIFICÓ LA VICTORIA DEL FRANQUISMO?

Para los pancistas todo se redujo al hambre de la posguerra, y a la represión. Cuando se contempla la realidad desde el estómago se padecen alucinaciones pues lo humano es total y en ello está, en efecto, el estómago pero también la cabeza y el corazón.

El franquismo fue un proyecto y un programa, una línea de actuación previamente establecida. Su meta última era continuar, o más exactamente culminar, lo esencial de la revolución liberal española, tal como había sido establecido en la Constitución de 1812, aunque con exclusión del sistema parlamentarista y partidista. Éste quedaba descartado (temporalmente) si bien sólo para afirmar con mayor efectividad todo lo demás del orden constituido. Su intención era facilitar e impulsar el desarrollo del capitalismo, que había sido igualmente la meta de los regímenes que le precedieron, la Dictadura primorriverista y la II república. Lo hizo con una mezcla de violencia de Estado y legalidad promulgada, de intervencionismo gubernamental (el INI, por ejemplo) y “libre mercado”, de nacionalcatolicismo y modernidad, de falangismo, clericalismo y opusdeísmo.

El franquismo logró lo que la II república no había podido realizar por no haber logrado quebrar la resistencia popular, la modernización capitalista y estatizadora del país. Ese era su primer objetivo. Para ello

tuvo que ejercer una violencia terrible, múltiple y duradera, en la guerra y después de ella. Pero la violencia era el medio, no el contenido ni el objetivo. Las libertades, incluso las formales, quedaron suprimidas, con el régimen de partido único y la Iglesia haciendo de complaciente aliado. El miedo, omnipresente y muy intenso, sellaba las bocas y gobernaba las conductas. Tales fueron las condiciones necesarias para que el país diera el salto a la modernidad.

Lo básico era liquidar la sociedad rural popular, fuente de todos los males, efectuando la transformación capitalista de la agricultura y forzando la emigración masiva del campo a las ciudades. Este proyecto no prosperó hasta que la guerrilla rural fue vencida, a mediados de los años 50. Luego ya sí, enviando unos 6 millones de personas a la industria y los servicios, y quedando realizado en un tiempo breve, un decenio. El desarrollo industrial significó la salarización casi universal, con ruina de los artesanos, pequeños productores y otros trabajadores manuales autónomos. El crecimiento descomunal del poder y presencia de la banca y de las grandes empresas fue una de las consecuencias de la victoria de Franco, bajo cuya dictadura el capitalismo gozó de uno de sus mejores periodos de expansión. Lo mismo puede decirse del ente estatal, que pasó a recaudar muchos más impuestos, expandiendo el número y autoridad de los altos funcionarios, y ofreciendo un presupuesto ampliado al ejército, que además se benefició de la industrialización, al proporcionarle nuevos recursos bélicos. La función del Estado durante su fase franquista en la promoción del sector industrial fue de primera significación, lo que hizo de él también una potencia económica, al expandirse notablemente el capitalismo de Estado.

El régimen de Franco desarticuló la sociedad convivencial introduciendo jerarquías, insolidaridades, recelos, desconfianzas, vigilancias, querellas y odios por doquier. Así logró iniciar la atomización de la persona, la decadencia de la fraternidad, la conversión de la sociedad al fúnebre dislate de la lucha de todos contra todos. Un egotismo mezquino y sórdido, que deterioraba al individuo al hacerle asocial y hacía tristísima la existencia, fue una de sus realizaciones. La pérdida del autorrespeto y el sentido de la propia dignidad fue otra de ellas, en parte por el miedo, tan tremendo y siempre presente, que dejó al sujeto psíquicamente dañado, en parte por el declive de los valores morales, sustituidos primero por un grosero afán de supervivencia biológica y más tarde por un vivir para el consumo.

La inmoralidad, el fariseísmo, la mentira, la codicia, la ruindad y el servilismo fueron los disvalores dominantes. La cortesía, la elegancia y el afecto quedaron sustituidos en las relaciones interpersonales por la agresividad, la "sinceridad" y los gestos agrios. Todo ello se pretendió tapar con una santurronería mojigata y erotomaniaca. De todo eso resultó un descenso enorme de la calidad de la persona y un retroceso

bien perceptible de la virtud cívica y la virtud personal. El franquismo inicia, con gran éxito por desgracia, la creación planeada de los seres nada.

La aculturación se hizo primero imponiendo desde el poder la ideología fascista italiana, ajena al sistema de creencias y comportamientos de los pueblos peninsulares. Después vinieron los acuerdos de Franco con los EEUU, que permitieron la entrada sin apenas limitaciones de la sub-cultura yanqui, especialmente a través del cine, lo que resultó muy nefasto para la cultura popular autóctona de autocreación popular. Un destacado instrumento de aculturación fue la Sección Femenina, que además manipuló a las mujeres, para convertirlas en mano de obra barata al servicio de los empresarios, en criaturas desfeminizadas y deshumanizadas. La Sección Femenina inició la constitución del sistema neo-patriarcal que hoy se conoce como feminismo de Estado.

Para dejar al individuo sólo y aislado frente al Estado y frente al patrono el franquismo acometió la destrucción de los lazos familiares. Primero se sirvió de la familia nuclear para liquidar la familia extensa. Para ello hizo de aquella una especie de sociedad limitada, un grupo unido contra el mundo y contra los otros, presentados como seres de los que desconfiar y con los que competir. Lograda la ruptura de los lazos familiares extensos, así como los de vecindad y solidaridad natural entre iguales, el franquismo estableció las condiciones para dinamitar, en su segundo momento, también la familia nuclear, todo ello entre requiebros hipócritas a *“la institución familiar”*...

El sujeto fue obligado a la docilidad, la irresponsabilidad y la pasividad, a dejarlo todo en manos del Estado, a considerarse a sí mismo como objeto o como cosa en vez de como ser humano. En el terreno de lo espiritual, lo cultural, lo relacional, lo reflexivo y lo virtuoso el régimen de Franco resultó ser una catástrofe pues se propuso constituir estructuras y formar (deformar) individuos que vivieran para el dinero y el bienestar material, sin amor por la libertad ni inquietudes espirituales ni valores relacionales ni nociones trascendentes, bien proveídos de odios, cinismo e hipocresía, dispuestos a realizar cualquier bajeza, indignidad o canallada si ello redundaba en ventajas económicas.

Las principales realizaciones del franquismo, en particular la hiper-extensión del aparato estatal, extinción de la libertad/libertades, industrialización, erradicación de la ruralidad tradicional promoviendo el capitalismo en el campo con trasvase de población a las ciudades, reducción de todo a propaganda, o sea, a mentiras, supresión de lo convivencial, afectuoso y amoroso, nadificación de la persona, tecnologización, elevación de la renta por persona y consumismo es el programa de la izquierda. Para ocultar tal evidencia, la izquierda acostumbra a hacer exhibiciones de un antifranquismo visceral,

tremebundo, oceánico, eterno... que malamente cubren que el programa franquista es, en lo esencial, igual al suyo, y que en la guerra civil la izquierda fue fascismo de izquierdas mientras Franco fue fascismo de derechas. Ya lo dice el adagio, *“Dime de qué presumes y...”*.

17 de Julio de 2016